

debían defenderlo. Después de 1970: el nuevo peronismo y su caída. Y las persecuciones y muertes anteriores y posteriores a él, y el autoexilio, y la censura y la autocensura, y la vergüenza de los que huyeron sin tener que irse, y la impotencia de los que se fueron contra su voluntad, y el silencio de los que nos quedamos. Después de 1970, en suma, todavía es ahora. Por eso no hay una generación del 70. Porque así como hubo una década infame y una década absurda, estamos viviendo la Década Vacía.

Y por eso es responsabilidad de esta generación intermedia, la nuestra, la de los hombres que estamos entre los cuarenta y los cincuenta años, rescatar las palabras que habíamos empezado a articular hace dos o tres minutos. Rescatarlas para nosotros y para los más jóvenes: para que las juzguen o las rechacen. Este es nuestro país, tanto como el de cualquier otro argentino, ésta es la única historia que vamos a vivir. Hemos elegido vivirla desde adentro, no desde París o Roma. El exilio y el silencio son la muerte espiritual de un escritor: estamos acá y lo único que tenemos son palabras. Que es como decir que tenemos la suerte de estar vivos.

Julio/agosto 1979

Otras cuestiones del lenguaje*

En otras circunstancias históricas, dedicar un editorial de nuestra revista a los derechos humanos, nos hubiera parecido una ridiculez. O una astucia: un ejercicio retórico para escapar a un real compromiso político o ideológico. Que la persona humana (entidad bastante diluida y algo menos incómoda que ciertos argentinos concretos que habitan nuestro país) tiene derechos civiles, era una de esas cuestiones en la que todos parecíamos de acuerdo por lo menos desde la revolución francesa. Descubrir que tal acuerdo era aparente, demostraría hasta qué punto las palabras, a fuerza de repetidas, pierden su significación. O la cambian. Acostumbrados desde la escuela a recitar expresiones como «derechos», «justicia», «dignidad», solemos tolerar perfectamente las condiciones inhumanas en que viven otros hombres. No es de esto, sin embargo, de lo que vamos a hablar: no de cómo las palabras se degradan a sonido, sino, justamente, del proceso

inverso. De cómo hay momentos en que un lenguaje empobrecido (porque la libertad del hombre que lo articula se encuentra restringida) parece recuperar por sí mismo ciertas palabras cenicientas y las recarga de sentido: las vuelve amenazantes. Hoy, en la Argentina, alguien podrá utilizar la expresión «derechos humanos» para exhibir qué amplio es su espíritu, pero lo más probable es que, sin proponérselo, hable de otra cosa. Porque hoy defender esa especie de dinosaurio lingüístico (los derechos del hombre) significa, en nuestro país, una respuesta histórica concreta a una situación histórica concreta. Hasta la palabra «ley» se ha vuelto expresiva. Hasta la palabra «Constitución» parece a punto de estallar. Defender los derechos humanos, exigir que se cumpla la Constitución, reclamar que todo argentino sea juzgado de acuerdo con nuestras leyes, se ha vuelto tan «comprometedor» que asusta. Pero, a quién asusta. Y por qué.

Es evidente que ninguno de estos reclamos de sacristía puede parecer extravagante o excesivo. No ya un intelectual o un político, hasta un filatelista puede, en cualquier lugar del mundo, suscribir tan sensatos tópicos. Y, sin embargo, se nos quiere hacer creer que acá son censurables. La prueba más concreta la constituye el silencio (cuando no la condena) oficial y oficialista que rodeó al hecho de que un escultor, católico y argentino, haya ganado el Premio Nobel de la Paz.

Somos argentinos. Estamos tan acostumbrados a la arbitrariedad que todo nos resulta natural. Sin embargo, no es natural. No es natural que un compatriota, católico militante, defensor de la paz, gane el Premio Nobel y no reciba un saludo oficial; que lo premie personalmente el rey de Suecia, y el embajador argentino no esté presente. No sólo no es natural: es grotesco. O temible. Dejando de lado por un momento la cuestión de fondo, vayamos exclusivamente a lo formal. Si un boxeador pone patas arriba a otro se viene con un título, no hay gobierno argentino que no juzgue ese hecho digno de un telegrama laudatorio, vinculado siempre al Espíritu Patrio. ¿Cómo puede ser entonces que un Premio Nobel

* Al reverso de este editorial se publicaron las dos solicitadas donde se reclamaba que se dieran a conocer la lista y el paradero de los desaparecidos, firmadas, entre otros, por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

de la Paz resulte contrario al sentimiento argentino? Unos días antes, el país entero estaba conmocionado: ¿recibiría o no Borges el Nobel de literatura? Y no importaba lo que se opinara sobre Borges: se trataba de una cuestión nacional. No vamos a defender ahora ese fanatismo de republiqueta que nos sobreviene en momentos análogos, se trate de un Premio Nobel, un campeonato de fútbol o una beca estudiantil a Andorra. Lo cierto es que estábamos a punto de volvernos sublimes si daban el premio a Borges. Un día antes de que se lo premiara a Pérez Esquivel, el señor Mariano Grondona hizo una valoración cultural cuantitativa: éramos el único país latinoamericano con tres premios Nobel. Olvidaba, ya que la cuestión iba por el lado de la matemática, que Chile (territorio angostito y con un tercio apenas de nuestra población) había recibido dos, lo cual lo volvería, proporcionalmente, un país mucho más civilizado que el nuestro. El 12 de octubre, los premios todavía eran valores o por lo menos galardones asépticos; el 13 de octubre volvimos a la realidad. Ese día, un argentino, Adolfo Pérez Esquivel, recibió un Premio Nobel. Pero era un premio perverso. Nadie consideró lo civilizados que éramos ahora, con un premio más. La valoración cuantitativa quedó de lado; de pronto, el Premio Nobel se había vuelto per-

sonal e insultante. Y esta actitud es la que oficialmente adoptó el país. La propaganda adversa fue tan infantil que hasta despeinados adolescentes llegaron a declarar que el premio a un escultor, defensor de los derechos humanos, era una perfidia internacional que deslucía nuestra imagen. Seguramente: el demoníaco rey de Suecia quería hacerle un daño a la Argentina.

Por favor. Pero ahí tal vez podría rastrearse lo más inquietante. Qué podemos esperar de una generación de argentinos a los que palabras como escultor, derechos humanos o paz, pueden parecerles nocivas. ¿O quizás esa no es la opinión de toda nuestra juventud? Quizás. Y quizá la opinión oficial no siempre representa la opinión de un pueblo adulto.

Para terminar. El 10 de diciembre se conmemoró el Día de los Derechos Humanos. En adhesión a esta fecha, reproducimos las solicitadas que se publicaron en los diarios en agosto y diciembre de 1980. No importa que apenas se vean las firmas. Se sabe que firmaron los mejores, y se nota que son muchos.

Enero/febrero 1981

Abelardo Castillo



NUEVA ÉPOCA

CONTENIDO

Fernando Fajnzylber

Industrialización en América Latina: de la caja negra al "castillo vacío"

Henri Favre

Reforma Agraria y etnicidad en el Perú durante el gobierno revolucionario de las fuerzas armadas (1968-1980)

Manola Sepúlveda Garza

La experiencia de la Reforma Agraria en México, 1917-1991. Balance y perspectivas

Federico Bolaños

América Latina en deuda: costos sociales y poder transnacional.

Lucrecia Lozano

Ajuste y democracia en América Latina

Peter Elmore

Lima: puertas a la modernidad. Modernización y experiencia urbana a principios de siglo

DESEO SUSCRIBIRME A CUADERNOS AMERICANOS

NOMBRE

DOMICILIO

LOCALIDAD

CÓDIGO POSTAL

PAÍS

TELÉFONO

CHEQUE

BANCO

GIRO

SUCURSAL

SUSCRIPCIÓN

RENOVACIÓN

IMPORTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: P.B. TORRE I DE HUMANIDADES, CIUDAD UNIVERSITARIA, 04510, MEXICO, D.F. • TEL. 550 57 45 • TEL. (FAX) 548 96 62 • GIROS APARTADO POSTAL 965 MÉXICO I D.F. PRECIO POR SUSCRIPCIÓN DURANTE 1992 (6 NÚMEROS), MÉXICO \$70,000.00, OTROS PAÍSES 120 DLS. (TARIFA ÚNICA); PRECIO UNITARIO DURANTE 1992, MÉXICO \$12,000.00, OTROS PAÍSES 24 DLS. (TARIFA ÚNICA) • DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERÍAS